

## Error cero

El ejercicio de la política parece que inmuniza contra la equivocación

FELIPE BENÍTEZ REYES



Cuando un político reconoce un error suele estar reconociendo, en realidad, un acierto, sobre todo porque casi nunca se trata del reconocimiento de un error concreto, sino inespecífico: «si he podido equivocarme en algo...» Lo que admite esta traducción aproximada: «si por casualidad he cometido algún error, habrá sido por acertar en todo lo demás, incluido el posible error». El ejercicio de la política parece ser que inmuniza contra la equivocación, lo que lo distingue significativamente de cualquier otra tarea humana. Si comete el error de cometer un error, en fin, lo normal es que el político no cometa el error de reconocer su error, y es posible que haga bien, pues lo que menos necesita una sociedad es la evidencia angustiada de que sus gestores públicos pueden ser falibles.

A estas alturas de pandemia, los contagios y la tasa de mortalidad andan disparados en casi todo el planeta, pero se da por hecho que nadie es responsable de esta situación caótica, salvo quizá la situación en sí. En cualquier caso, los únicos responsables seríamos nosotros y, por supuesto, el virus, pero no los encargados de gobernarlos y de tomar medidas eficaces para minimizar la incidencia de la catástrofe.

Los científicos recomiendan un confinamiento estricto, por ejemplo, pero los políticos desestiman esa opción en beneficio del mantenimiento de la actividad económica, así sea a ralentí, a pesar de que, mediante esa estrategia de conciliación de la normalidad y el desorden, muchos sectores se ven abocados a una ruina intermitente a corto plazo y a una ruina total a medio plazo. Los gobernantes nos tranquilizan con el mensaje de que están tomando decisiones con arreglo a las directrices que les marcan unos comités de expertos entre anónimos y fantasmagóricos, aunque nos queda la duda de si sólo escuchan a esos expertos para escucharse finalmente a sí mismos, pues, al fin y al cabo, un experto sanitario carece de esa visión global de la realidad de la que suelen disfrutar los políticos gracias a su omnisciencia infusa o a lo que sea.

Ante una situación descontrolada, parece ser que todo el mundo está eximido de ejercer un control sobre ella, lo que no quita que se escenifiquen todos los simulacros de control que a cada gobernante se le ocurran, ya sea mediante la retórica –por lo común triunfalista– o mediante la implantación de medidas que a veces rayan en el absurdo.

Aquí nadie se ha equivocado. Y si se ha equivocado será porque el error es un trámite ineludible para acertar. Lo malo es cuando empezamos a sospechar que el error puede ser no pandémico, pero sí endémico. Aunque nadie se haya equivocado en nada, ya digo. Nadie. En nada.

# Elogio de los jueces

JAVIER ZARZALEJOS

La Justicia, un anclaje esencial de la democracia liberal, es el objetivo estratégico de los esfuerzos desestabilizadores de Iglesias

El éxito de un sistema democrático de libertades depende de la lealtad de todas las partes al pacto cívico que lo sostiene. Lealtad a las instituciones, a los deberes mutuos. Lealtad a la ley, que es la arquitectura de la convivencia.

Las declaraciones del vicepresidente del Gobierno Pablo Iglesias equiparando a Carles Puigdemont y los demás fugados de la Justicia con exiliados políticos son la expresión de una deslealtad radical y profunda hacia la democracia y sus instituciones. Si Trump incitaba a sus seguidores más fanatizados a asaltar el Congreso de los Estados Unidos, Iglesias no sólo exculpa a los sediciosos, sino que los adorna con la condición de perseguidos políticos, precisamente cuando en el Parlamento europeo se debate el levantamiento de la inmunidad de los fugados para que puedan comparecer ante la Justicia.

En la idea de Iglesias, España debe ser el único Estado conocido que debe dejar su integridad a la voluntad de un segmento mínimo de su población. Declarar unilateralmente la independencia, suprimir la Monarquía, derogar la Constitución y el Estatuto de autonomía, atribuirse el mar territorial y el espacio aéreo, cambiar el régimen de nacionalidad... Desobedecer una y otra vez las órdenes del Tribunal Constitucional y de los tribunales ordinarios, convocar un referéndum para ejercer un supuesto derecho que nadie reconoce, acosar a las autoridades judiciales para impedir el cumplimiento de sus resoluciones, extranjerizar a conciudadanos en su propio país, gastar dinero público en semejante montaje. Todo eso es para Iglesias una simple expresión de ideas políticas. Que esto forme parte del Gobierno de la Nación es algo más que inquietante.

El apoyo de Iglesias a Puigdemont no



JOSÉ IBARROLA

procede de su identidad ideológica. Lo que une a Iglesias con Puigdemont es el propósito común de destruir el sistema constitucional, y la izquierda desde hace un siglo sabe de la utilidad de los nacionalismos para la subversión. Iglesias ofende la memoria del exilio republicano, pero, en un sentido menos evidente, ataca al corazón del sistema judicial que queda retratado en el grotesco desparrame del vicepresidente como un instrumento represivo para «democratizar» al independentismo catalán.

No es ninguna extravagancia ni un exceso irreflexivo. Debemos tomarnos en serio el proyecto desestabilizador que representa el populismo izquierdista de Podemos. A estas alturas, como le pasaba al replicante de 'Blade Runner', hemos visto cosas que no creeríamos; no exactamente atacar naves en llamas más allá de Orión, pero sí asaltar el Congreso de los Estados Unidos por una turba incitada desde la Casa Blanca.

Nadie debería ser tan imprudente como para confiar en que hay cosas (malas) que

aquí no pueden pasar. Los peores episodios en muchos territorios de la historia han ocurrido después de que casi nadie creyera que llegarían a ocurrir. Hay que luchar contra el autocomplaciente «sesgo de los tres o cuatro casos» que luego se convierten en una pandemia abrumadora y precaverse frente a las fuerzas populistas, iliberales, desestabilizadoras demagógicas y oportunistas que pueblan la política y la opinión digitalizada con el único propósito de provocar la crisis entrópica de la democracia.

Cuando está en juego la vitalidad de la democracia liberal es preciso afianzar sus anclajes esenciales. Conviene, pues, que miremos al objetivo estratégico de los esfuerzos desestabilizadores de Iglesias: los jueces. Joe Biden, al dirigirse a los ciudadanos de Estados Unidos tras el asalto al Congreso, dejó constancia de cómo Trump «se quedó asombrado cuando los jueces que él había nombrado no siguieron su voluntad, sino que actuaron con integridad, siguiendo la Constitución, afirmando el Estado de Derecho, no una, ni dos ni tres veces, sino más de 60 veces».

«¿Queréis comprender la importancia de las instituciones democráticas en este país?», continuó Biden. «Mirad al Poder Judicial de la nación. Mirad a la presión que ha sufrido por un presidente de los estados unidos en plenitud de funciones. Los tribunales han estado a la altura durante estas elecciones. Cumplieron con su trabajo. Actuaron con justicia e imparcialidad, con honor y absoluta integridad. Cuando la historia vuelva la mirada sobre este momento que acabamos de atravesar, creo que dirá que nuestra democracia sobrevivió en no poca medida por los hombres y mujeres que representan al Poder Judicial independiente en esta nación».

## Tregua olímpica

ALBA CARBALLAL



Yulval Noah Harari, en su libro '21 lecciones para el siglo XXI', dedica algunas páginas a analizar la milagrosa excepción olímpica, una de las poquísimas piedras de toque capaces de hermanarnos más allá de guerras, conflictos políticos o tensiones territoriales: «Así, cuando el lector vea los Juegos Olímpicos de Tokio en 2020, recuerde que la aparente competición entre naciones supone en realidad un asombroso acuerdo global. Aun

con todo el orgullo nacional que la gente siente cuando su delegación gana una medalla de oro y se iza su bandera, hay muchísima más razón para sentir orgullo porque la humanidad sea capaz de organizar un acontecimiento de este tipo». Estos días, y tras el aplazamiento de 2020, se ha vuelto a abrir el debate sobre la posibilidad de cancelar las Olimpiadas. La última vez que unos Juegos Olímpicos no pudieron celebrarse, la humanidad entera pendía de los

frágiles hilos del Holocausto, de los bombardeos y de las armas nucleares; pero en esta ocasión, para variar, al enemigo no se le puede vencer con violencia.

En la Antigua Grecia existía una palabra, 'ekecheiria', para designar la tregua olímpica: un periodo durante el cual las guerras quedaban suspendidas para permitir a los atletas llegar hasta Olimpia, competir y regresar sin sufrir daño alguno. La analogía está servida y no por ello es menos hermosa: puede que la tregua olímpica de 2021 consista, por una vez, en que ningún deportista se mueva de su casa; y quizás el orgullo del que habla Harari pueda inundarnos también desde la renuncia. Si ponernos de acuerdo para organizar los Juegos es un logro del que enorgullecemos también lo sería que, para cuidarnos unos a otros, decidiésemos cancelarlos.